

Felipe Martínez Marzoa, *La filosofía de “El capital”*, Madrid, Abada, 2018, 304 pp.

El filósofo Felipe Martínez Marzoa decide abordar la introducción a su obra *La filosofía de “El capital”* a partir de unas palabras pronunciadas por Thomas Mann en 1941 durante su exilio. Estas palabras, que encarnarían la acción particular, “individualista”, del “intelectual puro”, tal y como lo denomina el mismo Marzoa, le sirven al autor para establecer un correlato entre Thomas Mann y el propio Karl Marx, en la medida en que entiende que este último es también ejemplo de esa figura de intelectual puro, burgués (en tanto que perteneciente al *Bürgertum*, no a la *Bourgeoisie*). Ya desde la primera página, desde las primeras líneas y en esta misma caracterización de Marx, puede apreciarse el tono polémico mantenido por el autor, cuyo primer propósito no es otro que el de destapar y denunciar los vicios en los que ha caído la ortodoxia de los estudiosos del marxismo. Su crítica comienza por señalar que la corriente de pensamiento a la que Marx pertenece es la de la historia de la filosofía occidental, y proclama así al autor como heredero de una larga tradición comenzada por Platón y Aristóteles y continuada por Leibniz, Kant, o Hegel entre muchos otros. Independientemente de la discusión acerca de si el contenido de la obra de Marx nos permitiría incluirle o no en esta tradición teórica, lo que Marzoa comienza por denunciar es la forma en la que, a priori, se estudia su material. Se peca desde la ortodoxia marxista de una “irregularidad antifilológica” que pasa por, en primer lugar, obviar una necesaria delimitación de los textos fuente del autor alemán. Así, mientras que para Kant son consideradas fuentes exclusivamente sus obras junto con sus variantes, las de Marx se identifican con un conjunto de escritos irregularmente delimitado, que no se compone meramente de los suyos propios. Por ello, según apunta Marzoa, es una norma no escrita que quien pretende estudiar la obra de Marx desligándola de la de, por ejemplo, Engels, debe ofrecer una justificación para su forma de proceder (justificación que no se exige a aquellos que interpretan la obra del primero a la luz de la del segundo y viceversa), pues se entiende generalmente que ambos autores se encuentran conformando un mismo *corpus* (pp. 12-13). Por otra parte, se desprende también de esta irregularidad un desprecio por los “meros textos”, que arraiga en una concepción de Marx y el marxismo como siendo “otra cosa”, como perteneciendo a algún ámbito otro y siendo algo más que una tradición puramente teórica. Es decir, al contrario que los escritos filosóficos, el *corpus* marxista se comprende a sí mismo como “la expresión de una praxis histórica” (p. 12), lo que parece eximirles de respetar unas reglas filológicas mínimas.

La filosofía de “El capital” supone, por lo tanto, un ataque frontal contra el tipo de estudios descrito, y no sólo contra la forma como tratan el propio material, sino también contra ciertas reflexiones y conclusiones que a partir de él se articulan. Por ello, se impugnará que la filosofía de Marx consista en el mero hallazgo y desarrollo de las conocidas nociones de materialismo histórico y dialéctico, alegando en contraposición que, más bien, tiene ésta que ver con el descubrimiento de “la ley

económica del movimiento de la sociedad moderna” o del “modo de producción capitalista”, “un singular directamente construido como tal, y no un caso concreto de un universal” (p. 32). En este sentido apunta el autor muy claramente que el marxismo (al que no reconoce estatus de corriente filosófica) no es en ningún caso el tema que en su estudio interesa. Lo que encontramos a lo largo de las páginas de esta obra, en cambio, es el innovador proyecto de una lectura ontológica del primer capítulo de *El capital* de Marx, esto es, una interpretación ontológica de la ley del valor que sumerge la reflexión de marxiana en un diálogo con Nietzsche, Hegel, Kant, Leibniz y Aristóteles, entre otros, y que permite sacar a la luz el verdadero papel que esta ley (del valor) desempeña en “la experiencia moderna de lo ente” (p. 41).

Al ser la exposición marxiana de la teoría del valor de corte lógico-genético (o, en palabras de Marzoa, ideal-constructivo) y no histórico-evolutivo¹, en la medida en que va desarrollándose natural y necesariamente desde la categoría más fundamental –el concepto de mercancía– generando y explicando el resto de elementos gracias a los cuales podemos comprender la manera en que funciona y se reproduce el modo de producción capitalista en su totalidad, así como las relaciones sociales que bajo él acaecen, (al ser esta exposición lógico-genética, decíamos) ni la elección de cuál será el primer concepto a desarrollar ni el propio paso de unos a otros es arbitrario, sino que está dictado naturalmente por sus propias necesidades, y por ello una lectura estructurada de ésta debería respetar el orden original de aparición de las diversas nociones a estudiar. Es por esto que, después de la introducción, el primer concepto del que se da cuenta en *La filosofía de “El capital”* no es otro que el de “mercancía”. Partiendo de esta noción, que se define, con palabras del propio Marx, como la forma elemental de riqueza en las sociedades capitalistas, continúa Marzoa la exposición, pasando por las categorías “valor-de-uso” y “valor-de-cambio”, que iluminan el carácter conflictivo de la mercancía y de la propia relación de intercambio -a partir de la cual dos cosas cualitativamente diferenciadas pueden, sin embargo, igualarse de manera cuantitativa-, y que, conceptualizando también las nociones “trabajo concreto” y “trabajo abstractamente humano”, permiten dar con la distinción entre “forma del valor” y “sustancia del valor”, es decir, entre valor-de-cambio y “valor” como tal.

A partir de la base establecida en este capítulo II, esto es, a partir del desarrollo de las nociones que aparecen en el primer capítulo de *El capital* entendiendo que constituye éste una indagación ontológica –que el autor no reconoce como ontología particular a pesar de referirse ésta a un momento histórico determinado, sino a la que toma, más bien, como constatación de que toda ontología es eminentemente histórica– (a partir de esta base, decíamos) los siguientes epígrafes (III, IV y V) suponen una exposición de algunas nociones más de la teoría “económica” marxiana (por ejemplo, la del “precio de producción”) como siendo éstas enteramente reducibles a la ya expuesta teoría del valor. Tal y como apunta Marzoa en el balance final

¹ Es sabido que lo que aquí se afirma no está exento de polémica y ha suscitado (y suscita) múltiples debates, pero, junto con Marzoa, entendemos, por una parte, que las categorías que aparecen en el primer libro de *El capital* dan cuenta, exclusivamente, de la sociedad moderna y que no remiten a una cierta estructura compartida por toda sociedad (p. 129) y, por otra parte y en consecuencia, que cuando se habla de “mercancía”, “valor de uso”, “valor de cambio”, etc., no se está llevando a cabo una descripción histórico-evolutiva de dichos conceptos, esto es, que cuando Marx habla de mercancía no está hablando del papel que jugaba ésta en formas de vida pre-capitalistas (ni de mercancía en general), sino de la mercancía de las sociedades ya constituidas según el modo capitalista de producción.

del libro, que escribe a modo de guion retrospectivo y no como mero resumen, se presentaron a lo largo de estos capítulos las siguientes tesis: en primer lugar, “que todo el proyecto de *Das Kapital* puede ser entendido como nada más y nada menos que la exposición desarrollada de la teoría del valor” (p. 289), tesis que considera demostrada además de presentada, y, en segundo lugar, “que la teoría del valor es en el fondo una ontología” (p. 289). La demostración de esta última, apunta el autor, no podemos pretender encontrarla en el propio Marx, sino que será, precisamente, la tarea que ocupará los epígrafes VI, VII, VIII, IX y X.

El siguiente paso dado por el autor es, entonces, el de explicar cómo la teoría del valor expresaría la ontología constitutiva de la modernidad, esto es: se pasa a demostrar que la experiencia moderna de lo ente, sus características y condiciones específicas vinculantes para el sujeto moderno, pueden deducirse de esta teoría del valor. Esta lectura, sin embargo, presupone una cierta interpretación de la presunta concepción materialista de la historia y, por ello, antes de llevar a cabo la mencionada demostración, Marzoa decide argumentar por qué rechaza lo que el “marxismo” vulgar concibió como la “filosofía” capaz de dar cuenta no sólo de las leyes de la naturaleza, sino también de la historia: el materialismo dialéctico e histórico. Conceptos como el de “base económica”, “ideología”, “fuerzas productivas”, etc., que, como hemos mencionado, expresarían para estos marxismos las leyes universales del movimiento de la historia, aparecen en la lectura de Marzoa no como abstracciones vacías, suprahistóricas, como conceptos generales potencialmente aplicables a toda época, sino como nociones que, al generarse como universales concretos en el análisis marxiano de la sociedad moderna, no permiten su uso legítimo fuera de éste. No es lícito, apunta el autor, situarse en una concepción general de la historia que obvie la especificidad y singularidad de cada una de sus etapas. En el capítulo VIII encontramos la reflexión acerca del concepto marxiano de “ideología”, que sigue el esquema que aquí hemos delimitado: se comienza desmintiendo alguno de los equívocos surgidos a partir de la interpretación “marxista” vulgar de la noción (como aquella que la contrapone a la de “ciencia”, alegando que esta última tendría acceso a una suerte de realidad en sí, verdadera, que conformaría el objeto de su discurso, y que concibe la ideología como, al contrario, una especie de imagen deformada de esta realidad verdadera), para después exponer el sentido original que el concepto posee dentro del análisis marxiano. Como ya hemos apuntado siguiendo a Marzoa, “ideología” no designaría para Marx una suerte de concepto general extraído de un caso singular (el análisis de la sociedad capitalista) y que podría ser utilizado legítimamente para examinar cualquier otro. La ideología imperante en la sociedad capitalista no es un ejemplo concreto del universal “ideología”, sino una noción singular construida a partir de, y aplicable de manera legítima sólo a, esta época en concreto, en tanto que muestra uno de sus caracteres singulares e irreductibles, esto es: que el modo de producción moderno genera “para sí” una determinada apariencia de este mismo que no se corresponde con el modo en el que éste aparece “en sí” o “para nosotros”. Partiendo de esta reinterpretación de la noción marxista de “ideología” y poniéndola en relación con uno de los conceptos fundamentales de la historia de la filosofía occidental, el de “verdad”, Marzoa termina por concluir que este descubrimiento (que la conciencia que un mundo histórico tiene de sí no se corresponde con lo que es en sí) no es otra cosa que la versión marxiana del *leitmotiv* que ha condicionado la reflexión filosófica desde sus mismos comienzos: la dualidad y unidad de metafísica y ontología.

Una vez ha explicitado los motivos por los que se rechazaba la interpretación del marxismo vulgar acerca de la presunta concepción materialista de la historia, Marzoa retoma esa tarea que había dejado pendiente: demostrar que la ley del valor se corresponde efectivamente con las condiciones ontológicas de la experiencia moderna de lo ente. Llevará a cabo esta labor demostrativa en los epígrafes IX y X, asumiendo que las manifestaciones representativas de esta experiencia son, por un lado, el hecho moderno de la ciencia y, por otro, el hecho moderno del Estado (p. 156). De esta forma, quedaría demostrado a lo largo de los epígrafes mencionados no sólo que la teoría del valor puede interpretarse como siendo una reflexión ontológica, sino que puede comprenderse como jugando el papel condición de posibilidad misma de las manifestaciones de lo ente en la modernidad. Aunque el proyecto esbozado llegaría a su fin con esta manifestación, restarían por mencionar algunos capítulos más, el XI y XII, que presentan las conclusiones de la lectura ontológica que ha llevado a cabo el autor: mientras que el primero de ellos constituye una reflexión acerca del carácter “revolucionario” de la sociedad moderna, en el segundo se asume su irremediable finitud histórica. Por último, debemos referirnos al epígrafe XIII, que el autor presenta “a modo de balance” para concluir la investigación. Tal y como el mismo Marzoa apunta, no se trata de un mero resumen de las tesis fundamentales que articulan la investigación –“porque en filosofía no hay conclusiones que puedan ser formuladas de otra manera que exponiendo el proceso” (p. 287)– sino, en todo caso, un guion retrospectivo capaz de sacar a la luz, al mismo tiempo, tanto la notable influencia de Hegel en el pensamiento de Marx como la distancia que separa a ambos autores.

No nos gustaría dar por finalizada la reseña de la obra sin antes dedicar unas líneas a reflexionar sobre los objetivos perseguidos y la trascendencia alcanzada por ésta en el momento de su publicación, así como a considerar los motivos por los que su reedición y lectura siguen siendo relevantes aún nuestro contexto. Más allá de la propia originalidad de la reflexión de Marzoa, y dando por hecho que una lectura de corte ontológico de la teoría del valor presentada en *El capital* no es sólo meramente posible sino del todo pertinente, pues se ha mostrado capaz de dotar de sentido a, y señalar lo fructífero de, este proyecto marxiano, creemos que lo verdaderamente reseñable de la obra es el aporte de sentido común del que dota a un ambiente muy marcado por la falta de rigor de la ortodoxia marxista. Podemos enmarcar *La filosofía de “El capital”* de Marzoa, por tanto, en una “corriente” (entrecorramos el término porque no pretendemos dar a entender que los autores que aquí mencionamos forman parte de una especie de proyecto común acordado, sino en todo caso señalar que, a pesar de no haber una relación explícita entre ellos, tienden todos a hacer una lectura ciertamente similar del *corpus* marxiano) caracterizada por el afán de aportar un cierto sentido común a un contexto muy falto de él, en la cual podríamos encuadrar también el texto *Para leer El Capital* de Louis Althusser y Étienne Balibar o *El estilo literario de Marx* de Ludovico Silva, entre algunos otros. Sin ánimo de alargar más esta breve reflexión, queremos concluir señalando que, independientemente de la originalidad en cuanto al contenido que aporta la lectura de la que aquí hemos tratado de dar cuenta, nos parece del todo relevante resaltar el ánimo del autor por la recuperación del rigor y la sensatez a la hora de leer a Marx, cuyos textos deberían enfrentarse con los mismos criterios hermenéuticos con los que estudiamos al resto de autores de la tradición filosófica. En este sentido, creemos que la reedición de la obra resulta del todo relevante, pues, aunque quizás no nos encontramos en un

contexto tan marcado por la falta de rigurosidad como lo estaba el de la publicación original, sigue siendo conveniente recordar que hay otras lecturas válidas y posibles de *El capital* además de las impulsadas por la ortodoxia.

María Victoria Pérez Monterroso